

CRÓNICA DE UNA TRANSICIÓN FALLIDA

¿Cómo es que en México el periodismo y los medios de comunicación llegamos a un estado de cosas que van del control mediático concentrado en unas cuantas empresas, a la indiferencia con que empresarios de medios y la sociedad en general, enfrenta el asesinato permanente de periodistas a manos del crimen organizado y de poderes políticos legales? ¿Cómo es que llegamos a un silencio generalizado que pone en riesgo no solamente la vida de más reporteros, sino sobre todo el derecho de la sociedad a la libertad de expresión y de información? Para el autor de este texto, en gran medida, el origen de esto y otros problemas que viven los medios y periodistas en relación con el Estado, se encuentran en dos décadas fundamentales para la historia de México: los años 60's y 70's. Décadas en que las tensiones sociales (la masacre del 2 de octubre de 1968 y la represión y desaparición de cientos de presuntos guerrilleros en los años 70's) pusieron a prueba la independencia de los medios y la prensa en general frente al Estado. La relación que se estableció entre medios y Estado en esos años, los actos y actitudes que se asumieron, son un eco que suena fuerte en lo que hoy sigue siendo esa relación.

Jacinto Rodríguez Munguía

jrmunguia@hotmail.com

Periodista de investigación. Estudios de comunicación (UAM-X) y posgrado en letras (UNAM). Autor de: *La Otra Guerra Secreta. Los Archivos prohibidos de la prensa y en poder en México* (Debate-Mondadori); 1968: *Todos los culpables* (Debate-Mondadori) y *Las nóminas Secretas de Gobernación*. Ha sido colaborador de *Milenio Semanal*, *Milenio Diario*, *El Universal*, *Diario Reforma*, *Revista Proceso*, *Newsweek*, entre otras. Coordinador editorial de la revista independiente *emeequis* (www.m-x-com-mx) y Coordinador del Programa Prensa y Democracia de la Universidad Iberoamericana.

Las relaciones entre medios de comunicación y Estado en México, adquieren otra dimensión cuando se revisan desde los efectos y consecuencias que este vínculo implica, a la luz de una transición a la democracia. Por ejemplo: la democracia que puede alcanzar un país tiene que ver inevitablemente con la independencia de los medios de comunicación con el Estado y la calidad de información que los medios transmiten a los ciudadanos. Si bien es cierto que en algunas sociedades esta relación ha acompañado y consolidado procesos de transición democrática, en el caso mexicano los saldos son negativos. Las consecuencias de este binomio no solamente han implicado una mala fama para los medios de comunicación, y en particular la prensa, que hasta nuestros días no se ha podido desprender, sino también que se postergaran asuntos vitales que tarde o temprano pusieron en riesgo la existencia de los medios de comunicación y la vida de muchos periodistas, como son:

–La prensa dejó de lado coberturas y denuncias (del crimen organizado, particularmente, el narcotráfico) que ahora son parte de sus problemas, y de la que depende la existencia de muchos periodistas.

–La sana competencia informativa entre medios se pospuso por la dependencia de la publicidad oficial/Estado.

–Se dejó de lado una permanente actualización y profesionalización de los periodistas, lo que impactaría en una mediana y mala calidad periodística.

–La llegada, muy tarde, de los medios de comunicación y los periodistas a las nuevas herramientas tecnológicas.

Primero fueron las llamadas, luego los mensajes electrónicos. Después el miedo en las palabras de los colegas amenazados. En algún momento llegó el primer anuncio sobre un amigo asesinado, el mismo que alguna vez nos habría guiado por los terrenos del narcotráfico para hacer un reportaje... Ya no habría tregua. Desde entonces, no hay mes en que no reciba una llamada, un mensaje contándome sus historias de miedo y sus espantos.

Y donde su pecado ha sido sólo uno: ser periodista.

Esta es la más reciente.

“Yo ya sabía que lo iban a matar. Bladimir me lo contó un 9 de octubre durante una reunión que organizó la Procuraduría para festejar con los reporteros de la fuente policiaca “la libertad de expresión”. En medio de los narcocorridos que amenizaban la fiesta, me confesó que ya sentía la muerte cerca y que no faltaba mucho. ‘Pero ¿sabes a qué le tengo mucho miedo?’ Me preguntó, y mi rostro más desencajado no supo qué contestar, él me dijo: ‘a la tortura’”.

“ ‘Como quiera si es una ráfaga, nada más sientes uno o dos disparos y te mueres’, enseguida bajó su camisa y me enseñó la cicatriz de un impacto de bala que tenía del lado del corazón. Entonces me repitió lo que anteriormente ya me había dicho por teléfono varias veces: ‘Karlita cuídate mucho, si puedes cámbiate de fuente porque ésta es muy mala y es más peligrosa, pero de veras cuídate, insistía’”.

Mónica se llama la que escribió esto y le pedí que me dejara incluirlo en este texto. Mónica, así, sin más detalles, es una reportera del norte del país también amenazada de muerte.

Ahora que comienzo este texto que me han invitado escribir, me vuelvo a preguntar como lo he hecho en los últimos años: ¿en dónde comenzó todo? ¿qué hicimos o no hicimos los medios y los periodistas para llegar a dónde estamos? ¿Por qué el Estado, los dueños de los medios y la sociedad civil nos han dejado tan solos? ¿Cuándo fue que nos comenzaron a odiar tanto?

Las siguientes, algunas posibles respuestas.

Aquellos (in) felices días

Nada y nadie está exento de un pasado.

La historia de la relación de los medios y el Estado se podría contar desde sus propias imágenes y palabras. Esas mismas imágenes y palabras que al paso de los años cobran otro sentido y son el espejo desde el cual inevitablemente nos miramos quienes hoy ejercemos el periodismo y los que trabajan en los otros medios de comunicación.

Ninguna imagen como los encuentros del 6 de junio de cada año, por lo menos hasta el año 2000, en donde el poder se encargaba de premiar lo que consideraba los mejores periodistas y el mejor periodismo. El premio Nacional de Periodismo, instituido el 31 de diciembre de 1975, se convertiría, al paso de los años, en una afrenta, una piedra colgada en el cuello que ahorcaba la ética y la independencia del ejercicio periodístico.

Había otro antecedente: el día de la Libertad de Expresión organizada y encabezada por el mismo poder. ¡Sólo en México! “Es que así eran las cosas”, han sido las palabras más socorridas de algunos de los periodistas de aquellos años.

Pero todo ese pasado no se puede reducir a esa frase que se parece más a una justificación, a una coartada. Durante algunos años, inmerso en cientos de expedientes que alguien olvidó destruir me encontré con documentos que desmienten esa afirmación. No, las cosas que eran así y tienen explicaciones concretas.

Es importante traer a este contexto algunas de esas referencias localizadas en un documento en el Archivo General de la Nación (AGN). Necesario citar algunos fragmentos:

Como complemento de este capítulo y para acentuar la necesidad de que el PRI disponga de un instrumento organizado técnicamente que desarrolle en su favor una propaganda institucional y no incidental, se consigna esta idea: «por la acción de la propaganda política podemos concebir un mundo dominado por una Tiranía Invisible que adopta la forma de un gobierno democrático.

Bajo esta condición, una democracia como la mexicana puede obtener niveles de control popular equivalentes a los que lograría por la violencia y el terror, una dictadura que solamente pudiera ofrecer a la ciudadanía espejismos y abstracciones.

El control de la opinión pública en un régimen totalitario es elemental.

–La propaganda política de una democracia no puede y no debe imitar la del estado dictatorial pero sí aprenderle muchas cosas: fe en sus recursos; persistencia en la acción; rapidez para proceder en los conflictos; interés por todos los problemas políticos, sean éstos reducidos o gigantescos, y otorgar a todos el mismo trato urgente– y a cambio en una democracia, como quedó dicho, se complica y en ocasiones resulta imposible.

Las dictaduras reprimen por la fuerza las ideas y las expresiones populares.

En un gobierno democrático, este control debe alcanzar calidad de arte, toda vez que intente manejar ciudadanos libres, capaces de resistirse a la acción de las autoridades y capaces también de llevar el contagio de su resistencia a los demás.

...No obstante esta rápida selección de los métodos –todas las formas de la palabra escrita para los mejor dotados; imágenes gráficas, los usos audibles y visuales de la radio, la tv y el cine para los menos capacitados– que influyen los diferentes sectores políticos para obtener resultados colectivos, la propaganda política debe utilizar todos los vehículos de difusión: prensa, radio, cine, televisión, teatro, ediciones institucionales, carteles y relaciones públicas.

Los párrafos de este documento son contundentes. Muchas de las respuestas no estaban en la casualidad y donde el argumento: “así eran las cosas” se desbarata.

Pero como la historia no es lineal, ni sólo la escriben *los malos*, en ese amasijo de papeles está también el incómodo rostro del otro lado de la moneda.

En esos documentos que guardan más de tres mil cajas en la Galería II del AGN, están las huellas de las pruebas de cómo respondieron los empresarios y los periodistas cuando el poder necesitó de ellos, cuando buscó la legitimidad de sus acciones y decisiones, como durante el movimiento estudiantil de 1968 y los años de la guerra sucia en los años 70's. En *La Otra Guerra Secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder*, (Debate/Mondadori 2007) están y sobran los ejemplos.

2000. Los amantes abandonan la alcoba

La tarde del 6 de junio del año 2000, desde la sede el Partido Revolucionario Institucional (PRI), me tocaría ver cómo se iba derrumbando un poder de más 70 años. Me tocó registrar cómo esa estructura de poder, eso que el escritor peruano Mario Vargas Llosa llamó dictadura perfecta, llegaba a su fin, o por lo menos entraba en una pausa.

Mientras miraba esos rostros de los colegas periodistas nacionales cargados de desconcierto, me acordé de algunas frases que alguna vez leí en un viejo periódico, uno de esos papeles que uno va guardando sin saber muchas veces para qué podrían servir.

El periodista Francisco Martínez de la Vega había escrito:

“Nuestro oficio no es fácil ni tranquilo. Hay un innegable estado de mala fama pública en el periodismo. Cuando el periodista ataca, se suele pensar que busca la paga; cuando aplaude, se dice que ya lo consiguió: y si ni aplaude ni censura, el agua tibia lo hará perderse en el anonimato... Pero es menester pensar que en nuestro país, en trance de desarrollo, necesita de un periodismo capacitado en lo técnico y noble en su orientación. Ese periodismo que han de ejercer los jóvenes que nos reemplacen tendrá, además, la tarea de limpiar la estafeta que nuestra generación les entregue y devolver al oficio sus originales funciones al servicio de las mejores causas de la ciudad, del país, del mundo en que vivimos”.

Al menos en la última parte de su texto, Martínez de la Vega había fallado. Nuestra prensa no habría de superar esa mala fama. Quienes tomaron la estafeta, quienes reemplazaron a su generación, no lograron devolver al oficio sus originales funciones al servicio de las mejores causas de la ciudad, del país, del mundo...

Traté de recordar la fecha. La busqué después. 1966. Esa tarde supe que la estafeta pocos la habían tomado, que las generaciones que siguieron a Martínez de la Vega, apenas habían escuchado su llamado y que esa misma realidad, de la que escribe, se seguía reproduciendo.

Este texto lo realizó en enero del 2010. Y cuando uno podría creer que este pasado se había ido, que los cambios globales en que se han metido los medios de comunicación implicarían, casi en automático, un cierre definitivo y una vuelta al pasado, a dos años de que se realicen las próximas elecciones para Presidente de la República (2012), las encuestas hablan de un regreso del PRI.

Mario Vargas Llosa ha vuelto a clavar hondo con sus palabras sobre la posibilidad de que el PRI esté de regreso:

“Sería una pena que México retornara a ser el monopolio de un partido tan absolutamente corrupto como fue el viejo PRI; sería una pena que México, que hoy es una democracia imperfecta, como lo son todas las latinoamericanas, pero

democracia al fin y al cabo, retornara a ser el monopolio de un partido tan corrupto... masoquismo colectivo, si es que es verdad y si es que es el mismo PRI que el pueblo mexicano rechazó en unas elecciones”.

Hay en las palabras de Mario Vargas Llosa una verdad que incomoda a varios actores políticos en México. En esas palabras está una hipótesis: si regresa el PRI, los medios de comunicación volverán a vivir años de “tranquilidad” económica. Por lo menos las referencias históricas y los documentos que se conocen ahora, dan cuenta de lo cómodo que fue para las grandes empresas mediáticas la relación con el Estado en los años en que gobernó el PRI al país. A diferencia del actual régimen de derecha representado por el Partido Acción Nacional desde el año 2000, el PRI sí supo cómo mantener una “sana” relación con los medios de comunicación, incluidos los considerados más críticos. El factor clave para ello: el manejo a su antojo y a su conveniencia de las concesiones de Radio y Televisión, pero sobre todo, el uso de recursos para las pautas publicitarias tanto en medios electrónicos como impresos.

Otro elemento que para el caso México se debe tener en cuenta, es que varios de los hoy propietarios de los principales medios de comunicación electrónicos e impresos, son los mismos (o herederos) aliados naturales del PRI. Pero mientras dejémoslo en hipótesis, aunque es una hipótesis que podría convertirse en una desagradable verdad.

La democracia no tiene quién la cuente

¿Cuál es el papel de los medios y del periodismo en tiempos de democracia o de transición democrática como la que viven algunos países de Latinoamérica y en particular de México?, le pregunto a John Dinges, profesor de la Universidad de Columbia, durante una conversación que tuvimos en una de sus visitas que hizo a México en 2009.

En tiempos de democracia, explica, el rol de los medios de comunicación es distinto y más complejo. La corrupción por parte del gobierno es más común que la represión; la información pasa de ser un pequeño hilo de agua a un caudal que nos inunda; la gente común no sólo necesita información confiable para ejercer su poder como ciudadanos, sino además un foro adecuado para intercambiar ideas con sus líderes y con el resto de la sociedad. El periodismo en libertad es más desafiante, y los periodistas están llamados a desarrollar un *kit* de herramientas distinto y más sofisticado.

“Sobre todo, en tiempos de democracia se necesitan organizaciones de información independientes y un periodismo vigilante que realice investigaciones confiables que inspeccionen el trabajo del gobierno y de la empresa privada. Los ciudadanos exigen leer y escuchar una diversidad de voces en un espectro político, étnico y social mucho más amplio de lo que los medios han permitido en el pasado”.

“En resumen, la democracia exige una responsabilidad social de los medios mucho más aguda. Pero los medios tienden a seguir preocupados por su conflicto de ganar independencia, aun cuando muchas veces ya la tienen. El foco continúa siendo el resistir regulaciones, censuras e intervenciones del gobierno, en vez de avanzar y reflexionar sobre la responsabilidad social específica de los medios en una sociedad libre”.

“Tanto así, que cuando los ciudadanos y los grupos cívicos empiezan a clamar a los medios por más responsabilidad, algunos medios del *establishment* reaccionan a la defensiva, como si sus derechos constitucionales estuvieran siendo atacados”.

Las palabras de Dinges calan en nuestra realidad. La agenda de pendientes se vuelve más compleja.

Empresarios, medios y poder

El año de 1968 fue uno de los más difíciles para la historia de México. El movimiento estudiantil no solamente rompía las ventanas de una nación y un gobierno asfixiante. Lo que pasó en esos días y su desenlace ha sido ampliamente documentado.

En ese mismo contexto, la relación de los medios con el Estado también pasaría por momentos complicados. Uno de los episodios que incomodaría a los empresarios de los medios electrónicos, fue la aplicación de un impuesto a finales de 1969.

Según los mismos empresarios, aquél habría sido en represalia por la cobertura y el abrir sus espacios de radio y televisión al movimiento estudiantil. Nada más falso. Sin embargo, más de 30 años después (octubre de 2002), los empresarios organizados en la Cámara Nacional de la Radio y la Televisión, en palabras de Bernardo Gómez, en ese momento directivo de *Televisa*, quien agradecía al gobierno del presidente Vicente Fox les restituyera el tiempo que como impuesto se venía pagando al Estado. Acusaba a Gustavo Díaz Ordaz (presidente en 1968) de haberlos castigado con este impuesto como represalia por las imágenes que Telesistema difundió sobre el 2 de octubre en Tlatelolco. “Con esto –la devolución del 12.5 por ciento– se resarce el adeudo histórico que se hizo a la industria por difundir los hechos de 1968”.

El discurso de Bernardo Gómez abre preguntas elementales: ¿Qué pasó después del 68 con la relación entre los empresarios de los medios y el gobierno de Luis Echeverría Álvarez en la década de 1970? ¿Qué pasó con el papel asumido por éstos en los años de la Guerra Sucia, cuando el gobierno aplicó una verdadera cacería contra la subversión, donde el Estado hizo efectivas sus amenazas? De nueva cuenta la historia archivada desdice el ajuste de la historia que quieren hacer en este nuevo siglo.

Hay suficientes referencias que demuestran que si alguien no ha perdido en este proceso de transición y en los cambios de un partido en el poder a otro, son los empresarios de los medios de comunicación, las grandes cadenas de televisión, los

grupos que detentan el grueso de las concesiones de radio-televisión y varios de los grandes medios impresos.

En el caso mexicano, son dos las grandes empresas de la televisión que concentran la mayor parte del mercado de televisión abierta: *Televisa* y *Televisión Azteca*. Existen otras de menor alcance, pero ninguna por ejemplo como *Televisa*, considerada como la empresa más grande en América Latina.

Sobrevivieron, y no sólo eso: aprendieron, además, que no era suficiente poseer medios de comunicación, que no bastaba mantener una conveniente relación con el poder político y con toda la estructura del poder. Que no había sido suficiente estar de lado del Presidente de la República o del secretario de gobernación en turno. Con el derrumbe (quizá no definitivo) del PRI, aprendieron que poseer un poder económico a través de sus medios de comunicación, no es suficiente.

Que para mantener el poder económico era necesario instalarse en el poder político.

En 2009, en lo que representa una de las operaciones silenciosas más efectivas, los grandes empresarios de los medios de comunicación fueron sembrando hombres clave en las estructuras del poder político, particularmente en aquellas áreas donde se toman las decisiones, en donde se definen a quién se otorgan las concesiones de radio y televisión y las nuevas tecnologías de la comunicación.

En el momento en que se elabora este trabajo, se tiene ampliamente documentado que los empresarios de los principales medios electrónicos (Radio y Televisión), no solamente cuentan con funcionarios afines en espacios clave como la Comisión Federal de Telecomunicaciones (Cofetel), dependencia que se encarga de evaluar y definir la distribución de concesiones de radio y televisión, sino además, han logrado instalar una red de representantes en las cámaras de legisladores: Cámara de Diputados y la de Senadores.

Otro modelo de corrupción y trampa *muy a la mexicana*. Por ejemplo, a través del Partido Verde Ecologista (PVEM), las dos principales empresas de televisión en México, *Televisa* y *TV Azteca*, infiltraron a sus propios representantes. Entre los candidatos que impulsaron de manera subrepticia hacia la Cámara de Diputados estaba Ninfa Salinas Sada, hija del empresario Ricardo Salinas Pliego, propietario de *TV Azteca*; a Miguel Orozco Gómez, director jurídico de la Cámara Nacional de la Radio y la Televisión (CIRT), quien antes de las elecciones era funcionario de ese organismo.

Otra variante de esa fórmula fue registrar como suplentes al cargo público a un grupo de personajes ligados con las empresas, de tal modo que al ganar los titulares, éstos últimos renunciarían para que quedara finalmente el puesto libre para los primeros. Entre ellos: Roberto García Requena, ex coordinador ejecutivo de la Comisión Federal de Telecomunicaciones (Cofetel), a Juan Gerardo Flores Ramírez, asesor de la Cofetel y representante del PVEM en el Comité de Radio y Televisión del

Instituto Federal Electoral (IFE), y Adriana Sarur, conductora de *Proyecto 40* (Canal de televisión que TV Azteca recuperó de manera violenta).

Por si fuera poco, quien en 2010 presidía la Cofetel, Héctor Osuna, había sido consultor privado para las empresas *Televisa* y *TV Azteca*.

El mismo Osuna en 2006, siendo senador, asumió un papel activo a favor de lo que en ese momento se le dio el nombre de *Ley Televisa*, una iniciativa de reformas a la Ley Federal de Radio y Televisión. Esta ley sería aprobada en marzo de ese año por el pleno de la Cámara de Diputados en un lapso récord de 7 minutos y después confirmada por el Senado sin modificarle absolutamente nada. La actitud de los legisladores, incluida la llamada oposición de los partidos de izquierda, quedó, por lo menos, bajo sospecha.

Entre las modificaciones que en ese momento se aprobaron, estaba ceder a los empresarios de la radio y la televisión el uso de las frecuencias casi de manera gratuita y sin límite de tiempo. En otras palabras, el gobierno y los legisladores les estaban regalando todo el espectro radioeléctrico a los empresarios. Se supo que Héctor Osuna fue uno de los autores de esa iniciativa como consultor privado de las televisoras.

Una historia que todavía no termina, pero que sí da cuenta de cómo los grandes empresarios de los medios van por todo. Que esta vez ya no le dejarán todo a los vaivenes del poder político.

Periodismo de calidad, los cambios tecnológicos y la democracia

La caída de un sistema político implicó, *de facto*, la desaparición de un determinado número de medios de comunicación, sobre todo de periódicos que dependían casi en lo absoluto de la publicidad oficial. La competencia informativa no había sido hasta entonces un asunto que les preocupara.

Ernesto Villanueva, autor de *Publicidad oficial: transparencia y equidad*, dice que en el Estado mexicano prevalece el criterio de absoluta discrecionalidad y densa opacidad para disponer a entera conveniencia de recursos públicos que integran el presupuesto de publicidad oficial y que sólo a nivel del gobierno federal ascienden a 3 mil 700 millones de pesos, algo así como 300 millones de dólares.

Cita en su libro que por ejemplo, de los cerca de 12 millones de dólares invertidos en publicidad oficial en el 2007, el 72 por ciento correspondió a los medios electrónicos, básicamente a dos televisoras (*Televisa* y *Tv-Azteca*); el 28 por ciento restante se distribuyó entre los medios de comunicación impresos, de los cuales, 17 diarios recibieron el 88 por ciento de estos recursos.

Es un hecho que sin el sostén del Estado y el *tsunami* tecnológico, las empresas no tenían muchas opciones: o se ajustaban a los nuevos retos de la tecnología y la comunicación o desaparecerían. Hoy mismo sigue siendo un reto para muchos medios.

Hoy, las grandes empresas se debaten entre recortes de trabajadores, ajustes tecnológicos e ingresos por publicidad. El problema no será de fácil solución. En otros países, los mismos grandes medios de comunicación privados viven acosados por esas sombras.

En el caso de México, la dependencia del Estado, algo que en muchos momentos convenía a las dos partes, retrasó la entrada a un mundo de retos tecnológicos y de competencia abierta entre los medios. Por lo que desde hace tiempo las noticias sobre el futuro del ejercicio periodismo no son nada alentadoras. Aunque estas “predicciones” se enfocan particularmente hacia los impresos, el impacto que tendrá en el trabajo periodístico será igual para cualquier medio, sea este impreso o electrónico.

Más allá de las profecías apocalípticas, y a pesar de los grandes avances tecnológicos sigue vigente, por muchos años todavía, la pregunta: ¿cómo hacer de la información, sea cual sea el formato de transmisión, una información de calidad?

Cómo hacer un periodismo de calidad, en todo el sentido de la palabra.

Ahora el reto de la prensa (impresa o electrónica, incluido el internet) ya no está en cuánto se está informando y cuál es el medio que lo dice primero. Si de por sí esta tesis ya no estaba vigente, ahora no tiene realidad que la sustente.

Ni la multiplicación de medios impresos y electrónicos, ni un crecimiento exponencial de vías para la difusión de información, han podido sustituir lo elemental del periodismo: quién, con qué elementos y parámetros de calidad procesa la información.

Soledad y muerte del mensajero

Y quien al final se quedaría solo, sería el reportero.

En la mudanza que han vivido las relaciones entre medios de comunicación/ Estado luego de la caída de un poder político de 70 años, quienes más perderían serían los periodistas, los reporteros.

A una generación de periodistas sin duda sorprendió la caída inesperada del sistema político con el que se habían consolidado, con el que no solamente habían construido sus carreras y sus famas. La otra parte, una generación intermedia, vería con asombro la caída, pero sin duda la mayor sorpresa vendría después: la aparición de una inusitada violencia contra ellos de parte de un personaje que no era nuevo en el escenario social: el narcotráfico.

El 2 de noviembre de 2009, otro periodista era asesinado. Se llamaba José Bladimir Antuna Vázquez García y era reportero de *El Tiempo* de Durango. A este oficio le había dedicado los últimos 20 años de su vida.

En éste, como en otros casos, las amenazas a su vida habían sido denunciadas. Las autoridades sabían que estaba en peligro. Nadie hizo nada para impedirlo.

La Relatoría Especial para la Libertad de Expresión de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) y otras tantas organizaciones nacionales e internacionales no se han agotado de hacer llamados a las autoridades mexicanas para que investiguen estos crímenes, capturen y sancionen a los responsables.

No se han cansado de exhortar al Estado a que impulse de manera decidida las investigaciones existentes sobre los crímenes contra los comunicadores y a que adopte medidas indispensables para proteger a la prensa, tales como la federalización de los delitos contra periodistas y la implementación de mecanismos permanentes de protección especializados para garantizar la vida y la integridad de los comunicadores en riesgo.

Darío Ramírez, de *Artículo 19*, señala que en México seguimos contando víctimas y recibiendo un mensaje de indolencia por parte de las autoridades encargadas de procurar y administrar la justicia. “Seguimos viendo cómo la impunidad alimenta e incita futuros actos de violencia. Seguimos preocupados por simular un México democrático que no existe. Porque en toda democracia, ejercer la libertad de prensa en un contexto de seguridad es un elemento indispensable”.

“Matar al mensajero tiene un efecto nocivo para toda la sociedad. La violencia hacia nuestros comunicadores está generando un grado importante de autocensura. Ésta no debe ser una medida de protección. Los periodistas están dejando de investigar, corroborar, cuestionar y argumentar las piezas informativas porque ninguna nota vale una vida. Mientras este fenómeno continúe asentándose la sociedad se dirige al abismo de la ignorancia y nos alejamos de la información neutral, veraz y oportuna que conmina a la reflexión sobre nuestro país, gobernantes, políticas públicas y partidos políticos, entre otros muchos temas”.

Estas son algunas de las cifras de la muerte y la violencia contra los periodistas en México, en los últimos años.

En 2006, nueve asesinatos y un desaparecido.

En 2007, tres homicidios y tres desaparecidos.

En 2008, cinco asesinatos y un desaparecido.

En 2009, nueve asesinatos.

Y apenas han pasado los primeros días de 2010 y la cuenta avanza. El pasado 8 de enero, era asesinado Valentín Valdés Espinoza, reportero del periódico *Zócalo* de

Saltillo, Coahuila y el 18 aparecía el cuerpo sin vida de José Luis Romero, reportero de Sinaloa. Había sido secuestrado dos semanas antes.

Otro elemento que trajo consigo el cambio de las relaciones entre los medios y el Estado, fue sin duda el miedo de los gobiernos locales ante el trabajo de los medios. La aparición de nuevos medios, algunos con mayor independencia, así como la llegada de otra generación de reporteros que rompían con las formas y las reglas de los viejos periodistas.

No ha sido nada fácil. Sin una violencia tan abierta como el narcotráfico, los gobiernos locales y el mismo federal, han mantenido una presión permanente contra medios y periodistas críticos a su ejercicio político y de poder.

Dos han sido esas formas de presión.

1. El retiro o condicionamiento de la publicidad oficial, y
2. La indiferencia o falta de compromiso para detener la violencia contra los medios y periodistas en los estados de la República mexicana.

Ambos casos son de suma importancia. En el primero, dice Ignacio Rodríguez Reyna, director de *emeequis*, una de las pocas revistas políticas independientes del país: es urgente la creación de un órgano del Estado con autonomía constitucional que se encargue de atender los asuntos de la promoción y difusión, de crear los instrumentos para administrar y ejercer recursos públicos aprobados por el Congreso. De modo que no sólo sirvan para reforzar a los medios dominantes, sino que permitan que el debate público se enriquezca con voces distintas y plurales.

“Los recursos públicos tendrían que ser canalizados a los distintos medios, con diferentes plataformas, atendiendo a criterios no sólo cuantitativos (audiencia, tiraje, *rating*, etcétera) sino cualitativos (calidad de contenidos, pluralidad y atención) a todos los grupos sociales que conforman al país”.

En el segundo caso, las consecuencias son de mayor responsabilidad. La indiferencia con que el Estado ha asumido el ataque a los medios de comunicación y periodistas, no deja de interpretarse como una actitud calculada, como parte de una estrategia que a fin de cuentas beneficia a un poder en la medida de que esto ha inhibido el trabajo de los periodistas, que ha modificado la agenda de muchos medios, que el miedo es un factor que siempre le ha funcionado a los gobiernos poco transparentes.

De manera indirecta, este temor en el que viven muchos periodistas ha afectado algo fundamental para una sociedad en transición democrática como es México: la libertad de expresión y el derecho a la información.

El efecto directo está en las cifras:

Aunque éstas varían de acuerdo con los criterios de las distintas organizaciones no gubernamentales que hacen este seguimiento, hay coincidencia en que desde el

2000 han sido asesinados en México unos 55 periodistas, siete desaparecidos, seis ataques con explosivos... en total por lo menos 70 ataques graves contra periodistas y medios, de acuerdo con el registro de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH).

Recuerdo el caso de un colega con quien trabajé hace unos años para un reportaje en Ojinaga, Chihuahua. Él me apoyó para entender el mundo de un grupo de narcotraficantes (Los Tres de la Sierra), que había sido detenido luego de exhibirse en las Olimpiadas en Sidney, Australia en el año 2000.

Unos meses después de ese trabajo mientras daba clases de periodismo, y les hablaba a mis alumnos de la importancia que tenía el periodismo digno y ético para la construcción de la democracia, recibí una llamada. Me decían que aquel reportero había sido asesinado. Se comenzaban a coser con furia las historias en la piel del periodismo.

Han pasado 10 años de ese caso. Yo decidí no volver a involucrarme en temas periodísticos sobre el narcotráfico, las circunstancias me llevaron por otras investigaciones periodísticas hacia el pasado y la memoria de las relaciones de la prensa y el poder en México.

Pero las llamadas no dejaron de llegar. Hace medio año una colega del periódico *Vanguardia* de Coahuila llamaba para decirme que Jesús N. había sido secuestrado, que estaba desaparecido. En ese caso, como en otros, me devoró el silencio. Le ofrecí apoyo: difundir su caso en las redes de protección a periodistas, alertar a nivel internacional.

“No”, dijo. Si está vivo podríamos arriesgar su existencia. “Esperemos un poco”. Algunas señales daban esperanza. Una semana después apareció. Él se sumió en el silencio.

Seis meses después, en una de esas tardes mientras él tomaba una beca para periodistas en la Fundación Prensa y Democracia, narró lo que había vivido. Las tardes y las noches encerrado en un cuarto vacío con él mismo, el sonido que apenas alcanzaba a llegar a ese rincón, la oscuridad total en la que estuvo, el miedo de no saber lo que seguiría, si volvería a caminar por las calles. El momento en el que lo arrojaron de un auto a un baldío y la amenaza de que, a la próxima, no regresaría a la vida.

Uno de sus “pecados”: haber investigado los nexos del narcotráfico con una red de policías de seguridad pública.

Su peor “pecado”: ser periodista en México.

Relación Medios y Estado en México

La mediática del poder consiste en (i) comprar la verdad periodística como estrategia de gobernabilidad y (ii) el uso de la amenaza, el chantaje y el asesinato de periodistas por parte de parapoderes, políticos y gobiernos.

Las principales características del régimen mediático son: (i) medios de comunicación que dejaron de lado coberturas y denuncias del crimen organizado y el narcotráfico, y ahora se dan cuenta que son parte de sus problemas para informar con libertad; (ii) la sana competencia informativa entre medios se pospuso por la dependencia de la publicidad oficial; (iii) la permanente actualización y profesionalización de los periodistas ha sido deficiente; (iv) los medios de comunicación y los periodistas se han incorporado tarde a las nuevas herramientas tecnológicas. El resultado es la poca calidad periodística en los medios de comunicación.

Referencias bibliográfico-hemerográficas.

- Cantú, María Elena. Medios y poder. El papel del la radio y la televisión en la democracia mexicana.
- Córdova, Arnaldo. La formación del poder político en México, Ediciones Era. 1972.
- Esteinou Madrid, Javier. Los medios de comunicación y la transformación de la sociedad civil. Universidad Iberoamericana. 1982.
- Musacchio, Humberto. Diccionario Enciclopédico del Distrito Federal. Editorial Raya en el Agua. México. 2000.
- Martínez de la Vega, Francisco. Escritos Escogidos. Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México. 2003.
- Rodríguez Castañeda, Rafael. Prensa vendida. Los periodistas y los presidentes: 40 años de relaciones. Grijalbo. México. 1993.
- Rodríguez Munguía, Jacinto. La otra guerra secreta. Los archivos prohibidos de la prensa y el poder. Random House Mondadori-Debate. México. 2007.
- Scherer, Julio. Los presidentes. Grijalbo. 1985.
- Libertad de Expresión. Revista el Cotidiano No. 158. Universidad Autónoma Metropolitana. Noviembre-Diciembre, México. 2009.
- Villanueva, Ernesto. Publicidad oficial, transparencia y equidad. Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. México. 2010.